

g a b r i e l g a l d ó n l ó p e z

**de la desinformación
y la superficialidad
a la reflexión y la interioridad**

**sobre la necesaria educación del sentido crítico
ante los medios de comunicación**



2 0 0 3

s p h a e r a / u n o

El Instituto de Humanidades Ángel Ayala-CEU es un centro de investigación y docencia, que pretende ser un foco de elaboración y difusión de pensamiento humanístico católico, convirtiéndose en un lugar de encuentro intelectual abierto y acogedor.

La *Serie Sphæra* divulga las conferencias que se dictan en el seno de las cátedras que mantiene el Instituto de Humanidades Ángel Ayala-CEU: la Cátedra Ángel Herrera Oria de Doctrina Social de la Iglesia y la Cátedra Santo Tomás de Aquino de Filosofía.

Serie Sphæra del Instituto de Humanidades Ángel Ayala-CEU

De la desinformación y la superficialidad a la reflexión y la interioridad. Sobre la necesaria educación del sentido crítico ante los medios de comunicación

No está permitida la reproducción total o parcial de este trabajo, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Derechos reservados © 2003, por Gabriel Galdón López
Derechos reservados © 2003, por Instituto de Humanidades Ángel Ayala-CEU

Instituto de Humanidades Ángel Ayala-CEU
Julián Romea, 20 - 28003 Madrid
<http://www.angelayala.ceu.es>

ISBN: 84-96144-24-0
Depósito legal: M-50836-2003
Compuesto por Pablo Siegrist
Impreso en Docutech

La presente publicación recoge la Lección Magístral impartida por D. Gabriel Galdón López, Catedrático de Periodismo, el día 20 de noviembre de 2003 en la Universidad San Pablo-CEU de Madrid. Dicha Lección Magístral se enmarca en el seno de la Cátedra Ángel Herrera Oria, de Doctrina Social de la Iglesia que mantiene el Instituto de Humanidades Ángel Ayala-CEU.

La Cátedra Ángel Herrera Oria promueve el estudio y la enseñanza de la doctrina social de la Iglesia, especialmente a través de materias con este contenido incluidas en los planes de estudio de los centros universitarios de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU.

í n d i c e

La situación informativa	9
Una visión parcial y superficial de la realidad	9
Una acumulación de hechos sin sentido	10
Una idolatría de la actualidad	12
Una visión artificial de la realidad	13
La omisión de lo esencial y otras omisiones	15
La sacralización de la opinión	18
La manipulación de las masas	21
El remedio educativo	25

Decía Jean Guilton que un libro verdadero es aquel que es útil a quien lo lee. Lo cual puede predicarse también de cualquier discurso. Su sentencia es para mí un deseo: Dios quiera que mi intervención les sea útil, a fuer de ser plenamente verdadera.

Pero si la verdad, teórica y práctica, quiere ser el fundamento de mi discurso, la claridad – esa “cortesía de la inteligencia”, en palabras de d’Orspretende ser su forma adecuada. De ahí que comience por explicitarles lo que en su título está implícito.

El tema que les propongo hoy a consideración, debido a su enorme amplitud conceptual, tiene, al menos, seis perspectivas de análisis. Elegiré sólo una. La formularé mediante una pregunta clara: ¿La praxis habitual de los medios de comunicación favorece el desarrollo moral y cultural de las personas y de la entera sociedad? Si la respuesta no fuere afirmativa, podríamos preguntarnos también qué medidas podrían adoptarse para paliar, desde una perspectiva educativa, esa situación.

Pues bien, desgraciadamente, por una serie de causas que he explicado en algunos de mis libros¹, la respuesta es negativa. Si bien hay honrosísimas excepciones, el sistema comunicativo-informativo predominante conduce a una serie de efectos desinformativos que desembocan en la triste situación de una sociedad manipulada e ignorante de esta manipulación.

¿En qué consisten esos efectos? ¿Cómo se ha llegado a esa situación? Veámoslo brevemente.

¹ Especialmente en Gabriel Galdón: "Desinformación. Método, aspectos y soluciones". Eunsa, Pamplona 2001 (3ª ed.) e "Introducción a la comunicación y a la información", Ariel, Barcelona 2002 (caps. 3 y 4).

l a s i t u a c i ó n i n f o r m a t i v a

Esa situación se caracteriza por las siguientes “enfermedades”:

una visión parcial y superficial de la realidad

Parece claro que no hace falta haber visto la película *Titanic* para saber que un iceberg tiene mucha más masa que la que aflora a la superficie. Como tampoco es necesario tener una inteligencia privilegiada para comprender que cualquier acontecimiento, idea, etc., tiene unas causas, antecedentes, relaciones, etc., que son parte sustantiva de esa realidad. Y, además, la más importante y la que la explica y da razón de su significado.

Pues bien, la mayor parte de las noticias que leemos, vemos y escuchamos o sólo escuchamos nos informan nada más que de lo que en ese momento se ha puesto de actualidad de esa realidad o, por expresarlo sintéticamente, de lo epifenomé-

nico. Con lo que el periodismo más generalizado consagra la superficialidad y la parcialidad. Y los ciudadanos, acostumbrados a ese modo de proceder, y sin preparación o tiempo para pensar, creen que están informados, cuando lo que saben es muy poquito y anecdótico. Además, a ese escaso y casi inútil conocimiento llegan, por centrarnos únicamente en la prensa, los que leen las noticias, porque, debido al aburrimiento que suscita la forma estandarizada de redactar las informaciones, muchos, cada vez en mayor número, sólo leen los titulares²...

una acumulación de hechos sin sentido

Y sólo leen los titulares también porque hay tantísimas noticias que no hay tiempo para leerlas. En nuestros días contamos cada vez con más medios de comunicación que parecen competir por ver quién da más noticias, más opiniones, más, más, más... El *hipermercado de la comunicación y de la información* ha adquirido proporciones gigantescas y es cuasi omnipresente... Ante esta realidad, alguien podría pensar que estamos muy bien informados...

Y cometería un grave error. Porque cantidad y calidad no son términos sinónimos. Es más, en este caso, son antónimos. Ya que, debido a esa parcialidad y superficialidad de la mayoría de las pretendidas informaciones; a que no se realiza una selección de temas motivada por el interés real que tienen para los destinatarios en concordancia con la finalidad de la información; y a que tampoco hay una jerarquía de tratamiento según esa importancia y ese interés general... nos encontramos con que la mayoría de los medios nos ofrecen cada cierto espacio de tiempo un repertorio de noticias breves, declaraciones de personajes y opiniones rápidas sobre temas las más de las veces innece-

² Cfr. Mario García y Peggy Stark: "Eyes on News", St. Petersburg, Florida, 1991.

sarios, carentes de interés, triviales y fragmentarios. Y si el tema es de por sí interesante y crucial, al recibir el mismo tratamiento trivial que los demás, se pierde en la vorágine general.

Y es que tratar informativamente del mismo modo un atentado terrorista y el salvamento de unos montañeros perdidos en la nieve; las declaraciones de un Premio Nobel de Física y las de un jugador de fútbol; un congreso de cualquier partido político y un cónclave de la Iglesia; etc., etc., es un atentado contra el sentido común y contra los requisitos de una verdadera información.

Una acumulación enorme de informaciones parciales, superficiales, sin orden ni jerarquía, y homogeneizadas constituye, en sí, una realidad falseada y trivializada. Pero esta infopolución adquiere características trágicas al impedir que realmente se produzca la información y, al mismo tiempo, al contribuir a que muchos informadores piensen que están informando y muchos más ciudadanos consideren que están informados. No sólo se construye una gran falacia, sino que, además, se impide que la mayoría se aperciba de ella.

Y es que, para que la información se realice es necesario que el periodista sepa sobre la realidad y que sepa comunicarla para que el ciudadano, a su vez, la aprehenda en sus justos términos y sepa a qué atenerse. Y no hay saber posible si no se usa la inteligencia, si no se valora conforme a razón, si no se descubre, en la medida de lo posible, el sentido que las cosas tienen tanto de suyo como en su relación con nosotros. Si no hay valoración, si no hay selección y jerarquización, si no hay profundización ni contextualización, si no hay aplicación... No hay verdadero saber y, por tanto, no hay verdadera información. Si lo único que las noticias "dicen" de las cosas es que pasan y, a veces, cómo pasan, pero no por qué pasan, para qué, qué consecuencias puede tener su paso, que gravedad o importancia óptica o moral tienen esos acontecimientos... Todo se relativiza, todo se banaliza, todo se vulgariza. Se le quita hierro a las mayores aberraciones y se hace desaparecer del horizonte vital y social la grandeza y la heroicidad. Treinta siglos

de tradición humanística y literaria, de esfuerzos por comprender y valorar las acciones humanas conforme a razón, de expresar artística o filosóficamente esa lucha entre el bien y el mal que se da en el corazón del hombre y que, caracteriza, al decir de Dostoievski, la historia de la humanidad, se pierden en la enorme barahúnda de hechos sin sentido que nos proporciona constantemente una inmensa mayoría de medios supuestamente informativos.

Lo expresaba, con el corazón entristecido, Malcolm Muggeridge, uno de los periodistas-estrella de la B.B.C. de Londres entre los años 40 y los 80 del siglo anterior, poco después de convertirse al catolicismo, merced a la ayuda del ejemplo y la amistad de Madre Teresa: “A menudo he pensado – confesaba al atardecer de su vida terrena –... que si hubiera sido periodista en Tierra Santa en tiempos de Jesucristo, me habría dedicado a averiguar lo que ocurría en la corte de Herodes, habría intentado que Salomé me concediera la exclusiva de sus memorias, habría descubierto lo que estaba tramando Pilatos... y me habría perdido por completo el acontecimiento más importante de todos los tiempos”.

una idolatría de la actualidad

También ayuda significativamente a esa sucesión continua de impactos fragmentarios la norma de tomar como criterio de selección y actuación informativa el reflejo de lo más novedoso y reciente. Lo cual conduce inexorablemente al apresuramiento y a la rapidez como condicionamientos acuciantes de los informadores y, como correlato obligado, a la falta de tiempo para pensar y decidir con fundamento sobre los diversos intereses que hay en juego en la comunicación pública y sobre la verdad informativa. La actualidad se convierte en un ídolo al que se sacrifican innumerables veces la verdad posible y el rigor intelectual necesario. Y abre las puertas a toda una serie de desinformaciones y manipulaciones realizadas por las fuentes interesadas. Entre ellas las de difundir rumores

infundados y calumnias dañinas que luego, en la mayor parte de los casos, no hay tiempo para verificar aun cuando se tuviera la honradez para rectificar.

Aunque han sido muchos los autores que hayan criticado este tipo de proceder, parece que los propietarios de los medios y los propios informadores están muy orgullosos de "ser los primeros en dar la noticia" (aunque luego se demuestre que es falsa, o que no es necesaria, etc.) o en dar las imágenes "en el mismo momento en que se están produciendo los acontecimientos" (aunque no se den las explicaciones previas ni el contexto necesario para poder entender mínimamente qué significan esas imágenes).

Como todos sabemos, espacio y tiempo son factores vitales para poder informar adecuadamente. Y, especialmente, cuanto más se restrinja este último menos conocimiento se puede obtener. A más rapidez, menos verdad, menos saber. Y, por tanto, poca o nula información o, en otras palabras, segura desinformación. Se cumplen así unas palabras de Óscar Wilde: "aquellos para quienes el presente lo constituyen las cosas presentes, no conocen nada del tiempo en que viven". O como expuso un buen alumno en un debate en el aula: "¿Para qué sirve enterarse rápidamente de muchas cosas si luego no sabes casi nada de ninguna?"

El problema es que no todos los ciudadanos tienen el sentido crítico de este alumno y, bombardeados por la propia autopropaganda de los medios sobre las maravillas de la actualidad y la instantaneidad, ven una necesidad en ese estar enterados rápidamente de todo. Necesidad que no es natural, que es del todo superflua y artificial.

una visión artificial de la realidad

Parece evidente que si, por los diversos factores ya mencionados, se renuncia de antemano a desvelar en la medida de lo posible la naturaleza de las cosas, dando razón cabal de sus causas,

sentido y consecuencias, mediante la documentación y la reflexión, y el empleo de los métodos adecuados y el tiempo necesario para lograrlo, es imposible dar una visión natural de la realidad. Y lo que no es natural es artificial. Si, en el mismo orden de cosas, esa visión chata, superficial, fragmentaria, no significativa, actualísima o instantánea de la realidad no satisface la legítima ansia de saber de los ciudadanos, el interés que de por sí tiene la sabiduría, que es un interés natural, tiene que ser sustituido por otros reclamos del interés si los medios de comunicación han de venderse.

Ésa es la razón por la cual, al no dar razón de *lo normal*, se busque proporcionar innumerables noticias de *lo anormal*. Lo extravagante se convierte así en criterio habitual y preponderante de selección informativa. De ahí, por ejemplo, que desde hace muchos años hasta nuestros días muchos profesores y periodistas repitan aquello de que "si un perro muerde a un hombre no es noticia, pero si el hombre muerde al perro...". Y de ahí también que sucedan cosas tales como que los principales medios norteamericanos mandasen a los corresponsales que habían enviado a "cubrir" la visita de Juan Pablo II a la Cuba de Fidel Castro que volvieran urgentemente a Washington o Nueva York porque se habían producido ciertas novedades en el caso "Lewinsky". O que, en la rueda de prensa conjunta que por esas mismas fechas dieron Clinton y Arafat tras conversar sobre el proceso de paz de Oriente Medio no hubiera ninguna pregunta a Arafat. Todas se dirigieron a Clinton. Pero ninguna sobre esas conversaciones. Todas sobre Mónica Lewinsky...

Extravagancias, rarezas, anormalidades o catástrofes... ¿Por qué no se publican también buenas noticias? Parece que el diario bombardeo de desgracias, cataclismos, crueldades, crímenes, bancarrotas, suicidios, ham-brunas, guerras, violaciones, etc., no deja espacio y lugar para informar de todo lo bueno que ocurre en el mundo y que, gracias a Dios, es muchísimo. Además, todo ese cúmulo de desventuras se presenta de modo banal, con lo que, amén de crear artificialmente un

pesimismo destructor, aumentan aún más la trivialización.

Por si fuera poco, al no imperar la buena lógica natural de la verdad sino la perversa lógica mercantilista de la noticia, se busca denodadamente lo espectacular, lo impactante, lo emotivo y lo conflictivo. Cuando el conflicto existe realmente lo noticiable es la polémica misma, no sus contenidos sustantivos. Lo cual ya es una artificiosidad. Pero cuando apenas existe polémica, ésta es también buscada y promovida artificialmente por los propios informadores. Si esto se une a los otros defectos descritos con anterioridad, tenemos que la mayor parte de los medios informativos no sólo no comunican adecuadamente el saber sobre las realidades humanas actuales que los ciudadanos necesitan comprender para ser más libres y solidarios, sino que construyen y comunican una realidad ficticia, artificial y falaz. Que eso sí, se vende con cierta verosimilitud. Por eso, cabe estar de acuerdo con algunas personas que piensan que uno de los mayores engaños que se producen cada día se efectúa cuando ciertos presentadores de ciertos noticieros se despiden de los televidentes con la fórmula "esto es lo que ha pasado en el mundo y así se lo hemos contado".

Y, en gran parte, es un gran engaño por todo lo que han omitido.

la omisión de lo esencial y otras omisiones

Y es que la sustitución de la "lógica de la verdad" por la "lógica de la noticia" no se da sólo por las vías que acabamos de enumerar. Sino también, y fundamentalmente, por la vía de la omisión de lo esencial, de lo que realmente importa saber de cada acontecimiento, acción humana, proyecto o idea. E, incluso, por la omisión de acontecimientos, acciones, proyectos e ideas realmente importantes y significativos.

Quizás no sea completamente cierto que, en palabras de Oscar Wilde, "el periodismo justifique

su propia existencia merced al principio darwiniano de la supervivencia de lo más vulgar". Pero no parece andar descaminado. Como tampoco lo están aquellos que piensan que "la omisión es el *pecado capital* de los medios de comunicación". Omisión que, como se ha apuntado ya, es, en parte, el resultado directo del enorme exceso de noticias inútiles. Pero es, sobre todo, la consecuencia de no procurar cumplir los requisitos de una verdadera información, de no entenderla como una *síntesis significativa de un saber al servicio de la sociedad*, sino como una comunicación de los hechos y declaraciones recientes que sirven para rellenar el espacio o el tiempo asignado y para que la gente piense que está informada.

Las omisiones son muchas y significativas. Salvo magníficas excepciones, habitualmente no se informa de:

- Las realidades inmateriales: las pasiones humanas; los deseos, anhelos, aspiraciones, grandezas y miserias; ideales nobles o intereses egoístas de poder y lucro que motivan y explican la mayor parte de los acontecimientos. La vida del intelecto y del espíritu. El trabajo escondido y silencioso que está detrás de los logros científicos y de la formación humana de las personas... Todo un mundo de realidades significativas, el hombre mismo en su acción libre, se diluye en la simplificación materialista de la mayor parte del periodismo convencional.
- Las causas, los antecedentes temporales e históricos de los propios acontecimientos que se destacan; las relaciones reales, en el espacio y en el tiempo, de esos hechos con otras realidades "fácticas" o con las ideas; el contexto en el que surgen... Se impide así, como ya vimos, una visión global, completa, más o menos íntegra de cualquier realidad.
- Las previsible o ya constatadas consecuencias sociales de las ideas, proyectos o acontecimientos. Su significado en el devenir histórico y sus repercusiones en el ac-

tuar concreto y cotidiano de los ciudadanos. El sentido que esos hechos tienen de suyo o en su implicación con las personas y con la entera sociedad.

- La importancia social y la gravedad ética o moral de esos acontecimientos. Se fomenta de este modo el relativismo, el indiferentismo, el *pasotismo* y el gregarismo de los ciudadanos. Se pierde del horizonte vital y social la diferencia entre la verdad y la mentira, el bien y el mal, lo justo y lo injusto...

- El estado subyacente de los acontecimientos, de los desarrollos de largo alcance, de la conexión entre pasado, presente y futuro... Se pierden muchas realidades significativas y, también, la propia noción de la instalación en el tiempo, de la memoria del pasado y de la proyección en el futuro necesarias para el obrar libre del hombre.

- Las referencias reales imprescindibles para que se pueda realizar una interpretación cabal, un comentario acertado, una opinión fundamentada y un diálogo racional. Se falsea así uno de los fundamentos de la convivencia democrática.

- Los datos y documentos que propicien la necesaria verificación fáctica y crítica de las declaraciones realizadas por los actores sociales y representantes de los poderes públicos. Se impide así diferenciar la verdad de la falsedad, conocer si hay intereses espurios... Con lo que se facilita la manipulación por parte de los más poderosos de unos ciudadanos que, en su inmensa mayoría, no tienen resortes para contrastar los hechos y la lógica que fundamentan esas declaraciones, y se consolida un juego de intereses mutuos entre los poderes y los medios que, a su vez, se consagran como otro poder y no como un saber y un servicio.

- Los planteamientos, circunstancias, etc., de las personas, grupos sociales, institucio-

nes, estamentos, etc., que carecen del poder, el dinero y la organización para organizar ruedas de prensa; de los que trabajan en actividades no pertenecientes al circuito de la imagen llamativa o espectacular; y de los que mantienen actitudes y opiniones contrarias a los poderes dominantes. Se produce así una *espiral del silencio* sobre ciertas personas, valores y temas *políticamente incorrectos*³.

- Las investigaciones de largo alcance, profundas y realizadas con rigor, sobre el estado de la cuestión de los principales problemas sociales y sobre sus posibles soluciones; acerca de los avances paulatinos y realidades que mejoran; etc.

Todas estas omisiones generalizadas (aunque haya honrosas excepciones en muchos casos) son enormemente significativas y revelan que no siempre lo que se comunica socialmente es un verdadero saber. Pero si no se consigue comunicar la verdad posible, entonces ¿qué queda? Pues queda la opinión. Su inflación y sacralización.

la sacralización de la opinión

Considero que el mejor modo de exponer este aspecto es el de recurrir a unos cuantos ejemplos que sirvan para comprobarlo fehacientemente.

Pongamos el caso de la aprobación parlamentaria de cualquier ley que afecte de modo notable a los intereses vitales de los ciudadanos. Si la ley en cuestión no levanta o suscita polémica, es más que probable que, al no considerarse *noticia*, se haga, sin más, una breve referencia de trámite en la que se consigna los votos a favor y en contra. O bien, se silencia. Con lo que se hurta a los ciudadanos una información que tienen derecho a saber. Si, por el contrario, la ley es considerada noti-

³ Cfr., entre otros: Elizabeth Noelle-Neumann: "The Spiral of Silence-Our Social Skin". Chicago, 1984.

ciable porque levanta polémica, cabría esperar - si nos atuviésemos a cumplir los requisitos de una buena información - que se hiciese un análisis de los elementos sustantivos de la ley, de su necesidad, presupuestos y finalidad, de sus posibles consecuencias en el actuar cotidiano de los ciudadanos, de si favorece o no una mayor justicia y libertad..., que condujera a una síntesis explicativa válida y útil. Tras esta primera síntesis vendría la información pertinente sobre qué partidos la promueven y por qué, quiénes se oponen y por qué... Y luego...

Pero no. Se comienza por recoger las declaraciones grandilocuentes de los promotores sobre lo maravillosa y progresista que es la ley - sin que tampoco ahora nadie se moleste en verificar si esos adjetivos son pertinentes ni, en el caso en que lo sean formalmente, en qué consiste realmente tal bondad y si es así o no -, y se continúa exponiendo las declaraciones no menos grandilocuentes y llamativas de sus detractores, sin que tampoco ahora se nos dé razón de las razones que se aducen. El desarrollo del tema sigue su curso con una avalancha de declaraciones a favor y en contra, en la que se reflejan los aspectos más llamativos formalmente. En algunos casos, se hacen sondeos de opinión. Pero no sobre los aspectos sustantivos de la ley (que no se conocen) sino acerca de si, por ejemplo, ésta es "progresista" o no. La parafernalia concluye con la transcripción de las frases más sonoras y polémicas del debate parlamentario, del número de votos a favor y en contra, y de las reacciones de alegría o resignación de los diversos portavoces. Todo esto por lo que respecta a la parte "informativa". Mientras tanto, columnistas y editorialistas han vertido sus opiniones.

Otro ejemplo significativo podría ser el de la "información" electoral.

Si a alguien le importase que los ciudadanos ejercieran su derecho al voto de un modo racional, ponderado, reflexivo, es decir, verdaderamente libre, cabría esperar de los medios de comunicación social que analizaran los diversos programas

electorales e hiciesen una síntesis cabal, por temas, comparando los programas entre sí y dando razón de los cambios efectuados con respecto a los de elecciones anteriores; reflexionasen sobre las consecuencias sociales que la implantación de esas medidas traerían consigo y las explicasen de modo claro y ordenado; que hicieran un resumen significativo de la labor realizada por esos partidos - en el Gobierno o en la Oposición - en los años anteriores, de acuerdo con la coherencia entre sus promesas y sus realizaciones y cuáles han sido los resultados de esas acciones respecto a la mejora o no de los diversos aspectos vitales de una sociedad; que...

Pero no. De nuevo, salvo honrosas excepciones, la esperanza es vana. En cambio, asistimos a un bombardeo diario de cientos de declaraciones rimbombantes sobre las excelencias de los unos y las carencias de los otros, de declaraciones sobre esas declaraciones, de sondeos de opinión, de declaraciones sobre los sondeos de opinión... Esto por lo que respecta a la parte "informativa". En la otra, se exponen diariamente las opiniones de los columnistas y editorialistas sobre las opiniones de los políticos y sobre las opiniones recogidas en los sondeos de opinión.

Los ejemplos podrían multiplicarse pues esa inflación de la opinión afecta a todos los ámbitos, incluidos los históricos, antropológicos, éticos, científico-experimentales, religiosos⁴... Todo cae bajo la órbita de la trivialización y de la opinión aunque para ello haya que olvidar el saber acumulado arduamente durante siglos. Quizás por eso, el sabio tradicional no tiene cobertura en la inmensa mayoría de los medios de comunicación. Sí la tiene, en cambio, el de una nueva especie creada por los propios medios: el *opinador*. Es decir, un profesional de la comunicación que dispone de

⁴ Para la información científica, vid: Dorothy Nelkin: "Selling Science. How the Press Covers Science and Technology". Nueva York, 1987; Para la información sobre Religión: John Sommerville: "Why the News Makes Us Dumb". En *First Things*, 16, octubre de 1991, pp. 24-25.

seis cualidades: ha sido elegido por un medio (o por varios) para opinar; tiene venia para opinar sobre cualquier tema sin necesidad de especialización, documentación o tiempo para reflexionar; su actividad de opinar se produce al filo de la actualidad y con conciencia de que participa abiertamente en la formación de la opinión pública; su pensamiento es superficial; es fiel a la ideología del medio que lo recluta; y, desde luego, sigue la tendencia de lo *políticamente correcto*... Algunos *opinadores* suelen ser personas con cierta notoriedad en su campo, pero no se les llama para hablar de lo que han mostrado entender como especialistas, sino de cualquier otra cosa. La capacidad de cumplir este atrevido encargo le da una nueva notoriedad añadida, que puede acabar desplazando la reputación de origen y sustituyéndola por la popularidad.

Ante esta inflación de la opinión que, como tal, sustituye al saber y, por tanto, imposibilita la verdadera información, cabe pensar con propiedad que estamos ante una cultura y una sociedad sofística. Aquella en la que no importa saber la verdad sino propiciar una apariencia de verosimilitud que ayude a la verificación de un poder. Con lo que entramos ya en el terreno de la manipulación.

la manipulación de las masas

En efecto, vivimos en una cultura sofística del simulacro, en la que el montaje y el argumento general han sido ideados por las actitudes positivistas⁵ (con algunos retoques posteriores), el guión y los textos únicos que se interpretan son realizados por los poderes e "ideologías" dominantes (actualmente, junto con diversos nacionalismos

⁵ Cfr. J. Choza: "Manual de Antropología filosófica". Madrid 1988, p. 280 y ss.; I. Moreau: "De la modernidad al reino de la *doxa*". *Anuario Filosófico*, vol XIX, 1986, 2, pp. 65 y ss.; Eric Voegelin: "Nueva Ciencia de la Política", Madrid, 1968; C.S. Lewis: "La abolición del hombre". Madrid, 1990.

extremos en diversos lugares, queda la eficaz interacción mutua del laicismo, el capitalismo y el hedonismo consumista), y los actores principales y los coros que hacen de eco reiterativo son la mayor parte de los medios de comunicación que, en su actuación, hacen ver al público que responden a sus demandas. Para que el teatro se llene cada día es conveniente que no falten dosis de morbo y sangre, conflictos y extravagancias..., como ya hemos tenido oportunidad de reseñar.

También hemos visto ya el aspecto de la *info-polución*⁶. Pues bien, esa enorme cantidad de noticias, datos, declaraciones y opiniones que se vierten diariamente produce en los ciudadanos la sensación de que se habla de todo, de que se recogen todas las opiniones, de que se pone a su disposición un gran caudal de conocimientos y de posibilidades. La gran variedad de medios hace que se tenga la sensación de poseer una casi ilimitada libertad de elección. El tipo de presentación objetivista y la propia propaganda de los medios (y de muchos autores sin sentido crítico o que desempeñan su papel dentro del guión) acerca de la objetividad propia hace que el público piense que esas informaciones corresponden a la realidad de las cosas (salvo, claro está, en aquellos casos en los que se informa de algo que uno ha vivido o conocido directamente, donde indefectiblemente se suelen comprobar dolorosos errores o tergiversaciones de bulto). Se crea así una ilusión de conocimiento y libertad que, como hemos visto, es muy ilusa.

Pero, además, ese bombardeo excesivo de información bruta, trivial y muchas veces inútil crea también y al mismo tiempo las condiciones adecuadas para que los dueños de los medios seleccionen a su antojo (léase intereses ideológicos y económicos de poder) los temas y las personas e instituciones que deben realizarse y aquellas otras que deben omitirse, silenciarse o atacarse. Esta

⁶ Vid. R.S. Wurman: "Information Anxiety". Nueva York, 1989, pp. 30 y ss.

selección interesada marca, a mi entender, el punto neurálgico de verificación del poder por parte de los medios. Y eso estaba escrito en el argumento, ya que uno de los aspectos fundamentales del positivismo lo constituye el seguimiento de principios de interpretación y selección carentes de fundamentación teórica e inspirados tan sólo en prejuicios políticos e ideológicos, o en intereses personales de diverso tipo. La selección de los contenidos, según el sentido común, debería obedecer a un pensar sobre el valor y sentido de cada realidad en relación con lo que es útil o necesario para la actuación libre del hombre en sociedad. Pero el positivismo, al negar la posibilidad de conocer las realidades metafísicas (las que no son medibles por los sentidos físicos), afirma al mismo tiempo y en consecuencia que el hombre puede manipular la realidad a su antojo. Como para ello hay que tener poder y medios, quien los tenga en mayor medida o los maneje mejor dominará la sociedad...

...Una sociedad mayoritariamente acrítica, sin memoria, e inmersa en el relativismo es una sociedad manipulable a la que se puede conducir gregariamente. Y esto es lo que sucede. Y a esto han colaborado y colaboran muchos medios de comunicación, debido a su positivismo y relativismo.

Al mismo tiempo, la sustitución de la verdad por el interés como criterio dominante, unido a la consideración de la información como consumo en una sociedad de consumo, tiene como consecuencia directa un frenético utilitarismo de modas pasajeras -que conlleva auténtica aversión por las cosas de uso duradero-, y una consideración del éxito como valor supremo y, por tanto, como fundamento de la acción.

Lo cual, a su vez, lleva a otro resultado: a una sociedad cada vez más inestable, inmadura, y sometida a los dictados de los que detentan el poder y, entre ellos, de los creadores -económica e ideológicamente interesados- de las modas pseudo-culturales, los cuales -sabedores de que la opinión miope de muchos suele ser determinada

siempre por la impresión del último instante- utilizan a su conveniencia la magnífica “estructura” que le proporciona la mayor parte de los medios de comunicación.

Como esa “estructura” enmascara su cualidad persuasiva bajo la apariencia de asepsia y objetividad, y como debido a la rápida, constante y múltiple sucesión de mensajes informativos, arrebatada a los individuos su tiempo vital, se impide con una nueva forma que los ciudadanos tengan conciencia de su pérdida de libertad⁷. Y se llega así a una sociedad manipulada e ignorante de su propia situación.

(Hasta aquí el análisis crítico, rotundo e incompleto⁸, si bien, a mi parecer, en plena sintonía con las preocupaciones más importantes del Magisterio de la Iglesia sobre este ámbito de la Comunicación y de la Información y su incidencia en la Cultura⁹).

⁷ Cfr. A. Llano: “La Nueva Sensibilidad”. Madrid, 1988, pp. 96 y 97; G. Bettetini y A. Fumagalli: “Lo que queda de los medios”, Pamplona 2001.

⁸ Incompleto en un doble sentido: a) porque es una síntesis breve (aunque espero que significativa) de lo que sucede con la Información; b) porque no se recoge lo que pasa con la Comunicación (programas de televisión, publicidad, etc). Para un análisis certero de este ámbito, bajo la perspectiva del humanismo cristiano, véase el espléndido y reciente trabajo de F.J. Roa: “Desafíos éticos para la comunicación comercial en el siglo XXI”, en F.J. Roa (coord.) *Globalización, internet y marketing: una respuesta ética*. UCAM, Murcia 2003, pp. 177 a 231.

⁹ Animo a todos a leer de nuevo, bajo esta perspectiva, las encíclicas de Juan Pablo II “Veritatis Splendor” y “Fides et Ratio”, así como el documento del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales “Ética de la Comunicación” del año 2000.

e l r e m e d i o e d u c a t i v o

La siguiente pregunta que deberíamos contestar es qué se puede hacer desde el ámbito educativo para paliar los efectos de esta tremenda situación e ir reconstituyendo una cultura al servicio de la dignidad de la persona.

Pues nada más y nada menos que ser los actores principales en la tarea de satisfacer una de las necesidades más acuciantes que, como se puede deducir de lo dicho hasta ahora, tiene la sociedad: la de educar a las personas que forman la ciudadanía en el sentido crítico, movido por la búsqueda de la verdad, y entroncado en su propio sentido personal, ético y cívico, que les lleve a buscar y solicitar activamente la información que precisen para cumplir sus fines personales y sociales; a distinguir lo verdadero de lo falso, lo importante de lo intrascendente, lo perdurable de lo efímero, lo que es bueno para los hombres y la sociedad y lo que les perjudica; a dialogar sobre los textos...

Ya van a hacer 35 años desde que un filósofo de la educación español, J. A. Ibáñez Martín, escri-

bió un artículo titulado clara y significativamente: El sentido crítico, objetivo de la educación contemporánea¹⁰. El mismo autor y otros han incidido posteriormente en esta idea¹¹.

Idea que también ha sido puesta en el candele-ro desde diversas instancias con autoridad científica y moral. Así, una de las conclusiones más significativas de las jornadas de estudio de los setenta y cinco Premios Nobel reunidos en París en Enero de 1988 fue la de que “la educación debe ayudar a desarrollar el espíritu crítico ante lo que difunden los medios de comunicación”. Pero, como siempre, ha sido el Magisterio de la Iglesia el que más ha insistido en este punto. Recogiendo sólo el de Juan Pablo II, hay más de cincuenta referencias a la necesidad de esa formación. Como botón de muestra, citaré la de la exhortación apostólica *Christifideles laici* (nº 44) en la que el Papa afirma que “en el uso y recepción de los instrumentos de comunicación urge una labor educativa del sentido crítico animado por la pasión por la verdad”.

Precisamente en el II Congreso Católicos y Vida Pública, Educar para una nueva sociedad, glosé esta idea en mi breve comunicación, y expuse una serie de propuestas concretas, principalmente la de constituir un Instituto Superior Universitario para la investigación y docencia de la educación del sentido crítico ante los medios. Hay que desarrollar así métodos que nos ayuden a todos a promover ese necesario sentido crítico entre nuestros alumnos, al mismo tiempo que otras cualidades positivas de la persona, en el contexto de la recuperación de la interioridad.

¹⁰ En *Revista de Filosofía*, tomo XXVIII, 1969, pp. 77-93.

¹¹ Vid., por ejemplo, J. A. Ibáñez Martín: “La manipulación y el hombre contemporáneo”, *Revista de Estudios Políticos*, 195-196, 1974, pp. 209 a 220 y su libro fundamental: “Hacia una formación humanística”, Barcelona 1975; M. Fraguas: “Teoría de la Desinformación”, Madrid, 1985, último capítulo; R. S. Wurman: “Information Anxiety”, op. cit...

Quizás el diagnóstico crítico que hemos realizado previamente nos haya ayudado a comprender con mayor profundidad uno de los mensajes clave que el Papa quiso transmitirnos en su reciente visita a nuestro país: que “el drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma. (...) Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad”¹².

Hay muchos métodos que pueden ayudar al logro de esa interioridad de la que surja el necesario sentido crítico movido por el afán de verdad. Uno de ellos, a mi entender primordial, es el diálogo inductor de la reflexión, basado en la lectura previa de buenos libros.

Parece claro que si de lo que se trata es de forjar personalidades que sepan mirar, pensar y decidir no hay mejor camino que el diálogo. Así lo ha puesto de manifiesto la más avanzada pedagogía en conexión con los clásicos griegos¹³. Pero ese diálogo no puede realizarse en el vacío ni improvisarse. Debe estar basado en unos fundamentos sólidos, en unos conocimientos compartidos. De ahí que debe fomentar y nutrirse materialmente del estudio de textos fundamentales.

Hay cuatro tipos de textos fundamentales: los clásicos de la Literatura y el Pensamiento; las obras contemporáneas que tratan con rigor los temas de actualidad; los libros básicos de cada disciplina; los mejores modelos y “contramodelos” informativos. Como no tenemos tiempo para glo-

¹² Discurso a los jóvenes en Cuatro Vientos, nº 1. (3 de mayo de 2003).

¹³ Sería muy prolijo recoger aquí siquiera sea una mínima parte de la bibliografía que incide sobre este aspecto. Como resumen de gran parte de esas aportaciones, vid. M. Adler: “The Paideia proposal”, New York, 1982, y el magnífico dossier informativo “La crisis de la educación” (*Nuestro Tiempo*, IX-1985, pp. 26-45).

sarlos todos, me referiré a los primeros y a los últimos.

La lectura de los clásicos y el posterior diálogo con cada alumno, o con grupos pequeños, por parte del profesor, es imprescindible en la formación de toda persona. Pero su necesidad se acrecienta si cabe a la hora de forjar el sentido crítico y el sentido ético. Ese diálogo sobre los libros clásicos contribuye por un lado, y entre otras muchas cosas, a apreciar la grandeza y a valorar y jerarquizar adecuadamente las diversas realidades; a desmitificar la falsa idea moderna del progreso; a tener sentido histórico y estético... Por otro, al fortalecimiento de la convivencia y de la amistad entre alumnos y entre éstos y los profesores. Eric Anderson, quien fuera durante años director de la famosa escuela inglesa de Eton, escribió en *The Daily Telegraph* (8.VI.94) un interesantísimo artículo sobre el primer aspecto.

“(...) Es especialmente preocupante el efecto anti-educativo de la televisión. Podría decirse que la influencia más insidiosa sobre los jóvenes no es la violencia, las drogas, el tabaco, el alcohol o la perversión sexual, sino nuestra afición a lo trivial y nuestra tolerancia con lo ramplón (...)

Nosotros, compatriotas de Newton, Faraday y Darwin; herederos de la música alemana, de la pintura, la escultura y la arquitectura de Italia, de las ideas de los filósofos griegos y los profetas hebreos; los que hablamos la lengua de Shakespeare; nosotros parecemos contentarnos con dejar que nuestros hijos pasen sus años de formación bajo la influencia de una sucesión de policías y criminales, de Nintendos y Tortugas Ninja, Michael Jackson y Disneylandia.

(...) Algo podemos hacer. Lo primero es hablar alto y claro, repetir con convicción que esas cosas son de tercera y que existen las cosas de primera categoría. Los profesores somos personas tolerantes y liberales. Creo que durante una generación, los que trabajamos en la enseñanza hemos si-

do demasiado tolerantes con sucedáneos baratos de alta cultura, demasiado deseosos de agradar condescendiendo con los gustos de nuestros alumnos en lugar de intentar que participen de los nuestros.

(...) No basta decir que la escuela ha de ser una avanzadilla de la civilización en un mundo bárbaro, una isla de cultura en el océano de la trivialidad y la mediocridad que es la vida moderna. Es nuestro deber, nuestra elevada vocación, asegurar que la escuela lo sea realmente, enseñando lo mejor que se ha pensado, hecho y dicho.

(...) Sólo introduciendo a los jóvenes en la mejor literatura, en la mejor música y en la mejor ciencia, les abrimos las posibilidades que laten en el espíritu humano y más allá de los límites de lo vulgar, y les hacemos capaces de contemplar y soñar”

Respecto al fomento de la amistad, es una cuestión que, además de haber sido vivida y comprobada personalmente con enorme gozo tanto en mis años de alumno como en mis décadas de profesor, está también magníficamente reflejada en algunos clásicos. Por ejemplo, en este pequeño diálogo donde Jenofonte nos cuenta cómo Sócrates respondió al sofista Antifón, el cual trataba de atraerse a sus compañeros y estudiantes, y apartarlos de Sócrates manifestando que la vida de éste no era feliz, especialmente a causa de su gran pobreza.

“Antifón, así como a otro hombre le procura placer un buen caballo o un perro, o un pájaro, a mí me deparan aún mayor placer los buenos amigos. Y si doy con algo bueno, se lo enseño a ellos y los presento unos a otros con miras a que sean recíprocamente útiles tocante a la virtud. Y junto con mis amigos recorro los tesoros de los hombres sabios del pasado que los dejaron escritos en libros que nosotros leemos con gran cuidado. Si encontramos algo bueno, lo recogemos y consideramos que se asegura gran provecho si logramos ser útiles a otro”

Ese diálogo que induce a la reflexión y a la amistad, conducirá a la comprensión cabal de las preocupaciones, gustos y aficiones de los alumnos; de lo que leen, viven o sienten; de sus carencias intelectuales y afectivas; de la perniciosa influencia que los medios de comunicación ejercen sobre ellos. Y, por tanto, ese conocimiento nos servirá para preparar e impartir algunos temas del programa partiendo de las carencias, superficialidad y manipulación con la que varios de sus aspectos han sido tratados por los medios y, haciéndoles pensar, ir descubriendo los motivos de esa desinformación y verificando, completando y profundizando en la búsqueda de lo verdadero y lo justo en esos temas, y de su pleno sentido humano, comparando también el tratamiento de los clásicos y el de los medios.

Claro que aplicar esos y otros métodos similares requiere un esfuerzo grande de estudio continuo, de mayor dedicación de tiempo, etc., así como un riesgo evidente de desorden o aparente fracaso. (Si en vez de lección esto fuese una tertulia, podría contarles aventuras pedagógicas muy divertidas). Quizás por ello, por esas dificultades, conviene que volvamos a pensar en qué consiste nuestra función de educadores. Desde el punto de vista de la perfección natural, hay, a mi entender, una disposición o actitud básica: la actitud que los griegos denominaban epimeleia y que podría traducirse por cuidado solícito. En palabras de Alejandro Llano "cuidado es atención, respeto, ayuda (...) quien merece cuidado por sí misma, como algo insustituible, es la persona humana, precisamente porque es un ser valioso en sí mismo: digno. Cuidar a otro, insisto, no es sustituirle, es ayudarle. (...) De ahí que para cuidar sea preciso comprender: adoptar una actitud de simpatía, de pathos compartido. El comprender es la más alta forma de donación, porque no se regala una cosa objetivable sino algo de la propia vida. Comprender es hacerse cargo, es decir, condicionar la carga que el otro lleva. Lo cual exige mirar por los detalles y matices que tonalizan una situación vital. Una profesión así es la ense-

ñanza, entendida como paideia, y no como presuntuosa ilustración”¹⁴.

Sin embargo, esto, con ser mucho, se queda corto para un cristiano. Para la Iglesia, la educación es todavía más. Juan Pablo II lo sintetiza admirablemente así: “El educador es una persona que engendra en sentido espiritual. Bajo esta perspectiva, la educación puede ser considerada un verdadero apostolado. Es una comunicación vital, que no sólo establece una relación profunda entre educador y educando, sino que hace participar a ambos en la verdad y en el amor, meta final a la que está llamado todo hombre por parte de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo”¹⁵.

Y como el apostolado nace de la fuerza de la oración, y sabemos que nadie da lo que no tiene, no podremos afrontar esta aventura educativa sin recurrir a ella de modo permanente. Por eso, quiero acabar esta intervención pidiendo a Nuestra Madre la Virgen, Asiento de la Sabiduría, que seamos almas de oración y de Eucaristía y, así, podamos poner por obra el deseo de San Pablo: “facientes veritatem in caritate”, que, en nuestro caso, puede traducirse en hacer transparente a Cristo en nuestra labor educativa.

¹⁴ A. Llano: “La Nueva Sensibilidad”, op.cit. p. 181.

¹⁵ En “Carta a las familias” (1994).